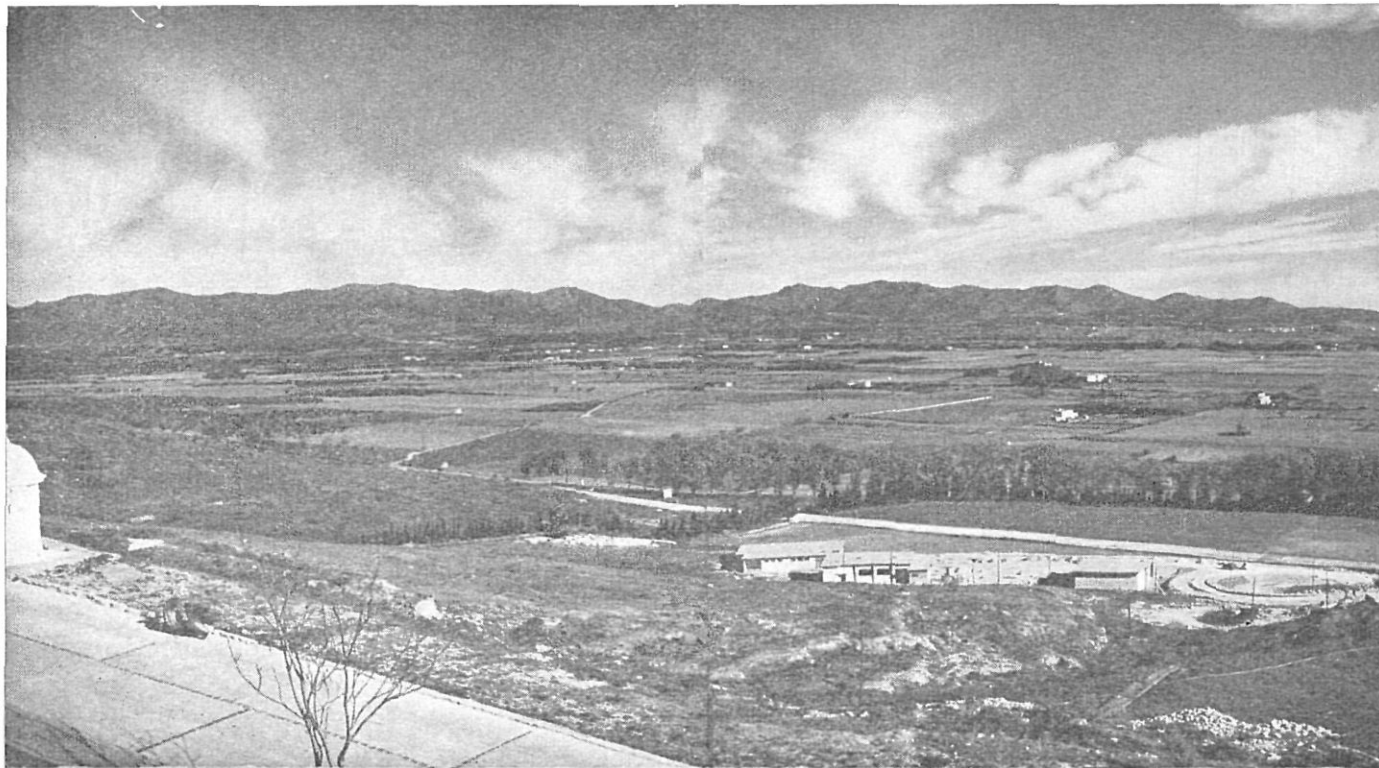




PANORÁMICA

GERONA Y SU PROVINCIA

A Juan de Llobet con mi gratitud

Por JOSE M.^a GIRONELLA

Repetidas veces he dicho que lo que más me impresiona de la provincia de Gerona es su armonía, su equilibrio. Es una provincia que podríamos llamar anti-colosal. Su cordillera pirenaica es robusta, pero ninguna de sus montañas alcanza, como el Aneto o el Teide, los tres mil metros de altura. Sus valles son hermosos, pero ninguno de ellos puede compararse con las planicies de la Mancha o de Castilla. Su mayor río, el Ter, al lado del Ebro parecería un afluente o una parodia. Incluso el mar gerundense es eso, un mar; es decir, no llega a ser un océano. Al igual que el resto de la provincia está hecho a la medida del hombre y en cierto modo tiene la grandeza de la mediocridad.

Todo ello origina que un recorrido por la provincia de Gerona temple el ánimo, sea una lección de serenidad. Hay provincias españolas —en Asturias, en Extremadura— que son frenéticas, exaltadas y que si fueran un día de la semana serían DOMINGO. Hay otras provincias —en Andalucía, en Galicia— que se arrastran de un modo impreciso y triste y que podrían ser LUNES. Las provincias vascas podrían ser SABADO; la de Gerona, corresponde a cualquier otro día de la semana, laborioso, normal.

Tal vez una de sus comarcas escape un poco a esta generalización: el Ampurdán. En efecto, el Ampurdán bebe tramontana, que es viento loco y ello y el olor del corcho excitan de vez en cuando los espíritus. De ahí que en el Ampurdán haya esperantistas, la Costa Brava, algún que otro suicida y bastantes blasfemos. De ahí que en el Ampurdán nacieran Monturiol, inventor de un tipo de submarino y Salvador Dalí, que se muere de rabia por no haber inventado el Sputnik. Aparte este islote geográfico, el resto de la provincia se compone de colinas verdes, de árboles correctos, de ermitas, de pequeños lagos. En la provincia de Ge-



AMPURDÁN

(FOTO MELI)

rona, digo yo que Satanás se aburre y que la mayor parte de los santos que su suelo alumbra son de escayola —Olot— y se destinan principalmente a la exportación.

La naturaleza equilibrada actúa sobre la estatura y sobre el temperamento de las gentes. Las gentes de la provincia de Gerona no son ni altas ni bajas y raramente afrontan empresas titánicas. En arquitectura, abunda el románico, que es asentado y tranquilo. En filosofía, imperan el sentido crítico y el sentido común y es obvio que Puigcerdá, Bañolas, Arbucias, etc., se nutren mucho más del refranero popular que de los gritos de Nietzsche. En industria, apenas si se rebasa la mentalidad artesana; lo cual, en muchos aspectos, ofrece positivas ventajas. No hay astilleros como en el Ferrol, ni Altos Hornos como en Bilbao y a los gerundenses, por principio, parecen repugnarles las Sociedades Anónimas. De ahí que la provincia casi se baste a sí misma y que en su área se fabriquen tradicionalmente desde calcetines y ollas hasta radios y cucharas de boj. En comercio, raramente se ha rebasado el clan familiar y es muy frecuente que detrás de la tienda se esconda el comedor. En deporte, si surge algún campeón es campeón de fondo, de tenacidad: Montserrat Tresserras, el doctor Sánchez. En música y canto, no existe el divo; en cambio, abundan las orquestas y los coros. En baile no se da el individualismo flamenco, sino la sardana: repetición, comunidad. Los ejemplos podrían multiplicarse. En conjunto, pues, la provincia constituye un reparto equitativo de esfuerzos y podría compararse a una colmena. Todo lo cual no es ni mejor ni peor que lo contrario. De hecho, la tierra ha de ser completa. En la propia Italia hay regiones favorables a la genialidad —Florenia, Nápoles— y otras regiones favorables al anonimato. Lo mismo que en Francia y que en Alemania. La geografía es un mosaico en el que todo cabe, como lo es el hombre, en el cual determinados órganos juegan el papel de protagonistas y otros el papel, igualmente necesario, de ayudantes o monaguillos.

Esta actitud anti-colosal tiene su máxima expresión en la capital. Una provincia tan varia y rica como la de Gerona, con frontera con Francia, con la Costa Brava invadida por el turismo, requeriría un centro mucho mayor y más dinámico que la ciudad de Gerona. Sin embargo, no es así. Gerona-ciudad es monótona y no se desarrolla al ritmo de los tiempos. Las

causas de este fenómeno son múltiples, supongo. En primer lugar, el temperamento tranquilo y poco ambicioso de que hemos hablado. En segundo lugar, la proximidad de Barcelona, que absorbe buena parte de los elementos vivos nacidos en el perímetro gerundense: un buen porcentaje de los mejores médicos, arquitectos, abogados, etc., de Barcelona, son oriundos de Gerona. En tercer lugar, el impacto que produce en el ánimo de los nativos, aun sin que éstos se den cuenta, el barrio antiguo de la ciudad, el barrio de la Catedral, prodigioso de uno a otro extremo y sin duda uno de los conjuntos más intactos de Europa. Además, ¡qué sé yo!; una extraña melancolía que flota sobre el Oñar; algo del clima... Sí, las causas deben ser múltiples y ahondar en ellas sería empresa ardua. Baste repetir que el dato objetivo es éste: Gerona-ciudad se ha quedado rezagada. Por supuesto, no me parece envidiable la elephantiasis urbana, la aglomeración hormigueante y no me explico que nadie aspire con júbilo a los tres millones de habitantes, a los cuatro millones, a los diez. Tokio y Nueva York son un gusaneo agotador, y lo son también Londres y París, y lo son ya Madrid y Barcelona. No obstante, Gerona exagera por otro lado, creo, y su modificación priva a muchos de sus hijos de las debidas oportunidades de desarrollo. No hay que olvidar que el avance científico y técnico que registra el mundo excita la mentalidad infantil. Los adolescentes gerundenses reciben también ¡cómo no! estos estímulos; de consiguiente, a medida que los años pasan y advierten que su ciudad no evoluciona lo debido, corren el riesgo de sufrir en su interior una dolorosa sensación de escamoteo, de fracaso.

Sin embargo —y éste era el motivo de mi artículo—, yo amo a Gerona y a su provincia, aun cuando determinados accidentes de mi vida me hayan alejado temporalmente de una y otra. Amo Gerona y su provincia tal y como son; y, por otra parte, sospecho que las amaría lo mismo si fueran de otra manera. Este es el misterio. El amor por la propia tierra no se nutre jamás de datos concretos y menos aún de un catálogo de cualidades. Como todo lo instintivo, arrolla a la razón y se planta en el centro del ser como un arpón experto se clava en el costado de un pez. Amo Gerona-ciudad y la prueba de ello está en que llevo escritos varios millares de folios inspirado en sus piedras. Y no la amaría más si tuviera más altas chimeneas, y un mayor caudal de alegría y si hubiera resuelto de una vez todos sus problemas municipales.

En cuanto a la provincia, la amo también..., pese al sorprendente e inveterado abandono de muchos de sus pueblos. Y es que, precisamente en uno de estos pueblos nací: en Darnius, al lado de Figueras. Pueblo azotado por la tramontana y que también huele a corcho. Pueblo en el que vi por vez primera a un hombre y a una mujer: mis padres, que me miraban y sonreían. Pueblo en el que por primera vez grité: «¡sufro!» y «tengo hambre!» y «¡allí hay una estrella!». Cosas, éstas, tan fundamentales para el corazón que a su lado palidecen los balances de productividad y las especulaciones sobre si el carácter de los habitantes recuerda la exaltación de un Domingo o la monotonía de un Lunes. Cierto, llega un momento en que uno puede admirar ¡hasta qué punto! la llameante y febril cuenca del Rhur y la civilización escandinava..., pero en que lo que le emociona positivamente es la contemplación de la Cerdaña una tarde de octubre o el penetrar callado en el santuario de Ntra. Sra. de los Angeles. Y es que, caminar por el propio terruño es caminar por sobre la memoria, vivencia mucho más entrañable que cualquier valoración objetiva. Ahí está. El corazón del hombre es carne y sangre y la aspiración de sus latidos no tiene nada que ver ni con las instalaciones industriales, ni con la eficacia, ni con el nivel de vida que le rodea. Sus amores son tan concretos y viscerales que a menudo pecan de injustos. ¡Qué le vamos a hacer! El corazón exige historia personal, puntos de referencia, un mojón tibio en que apoyarse... Repito que, para mí, este mojón tibio está en Gerona y en su provincia y que en consecuencia no me importa que los picos de su cordillera no alcancen los tres mil metros... En efecto, la fantasía se basta para compensar. La fantasía se basta para, desde la pila bautismal, subir al encuentro de esa gran Luna amarilla, azul y roja en la que habita y nos espera todo aquello que verdaderamente amamos.